

Recuerdos polémicos: memorias y testimonios durante conflictos bélicos en Guatemala

Por *Silvia* SORIANO HERNÁNDEZ*

Introducción

DOS INQUIETUDES GUÍAN ESTE TRABAJO: por un lado, poner de manifiesto la forma en que pueden presentarse los recuerdos a partir de una experiencia *sui generis* como un conflicto bélico; y por otro, la sustancial diferencia que se da en el recuerdo desde la perspectiva de quien lo cuenta y la de cómo lo recuerda. Para alcanzar dicho objetivo partiremos del testimonio y la autobiografía, dos diferentes formas de expresión que pese a estar emparentadas guardan entre sí importantes diferencias. Si bien ambas se presentan como material escrito la temporalidad las barniza con diferentes colores: el ahora y el ayer.

Comencemos con un breve acercamiento a los trabajos testimoniales a partir de la militancia. Estos recuerdos han tenido una gran incidencia tanto en el género de la literatura como en el de la historia; a partir de publicaciones testimoniales hemos podido conocer las experiencias de muchos personajes que de otra forma quizá hubieran quedado en el olvido. Los trabajos que recogen vida e ideas políticas y cotidianas de aquellos que aparecen sin voz (por ser indígenas, trabajadores y mujeres, entre otras razones) se convierten, por ello mismo, en un inconmensurable aporte a la realidad de grupos sociales que se expresan a través de un personaje. Dos ejemplos emblemáticos que podemos citar son Domitila, la minera boliviana, y Rigoberta, la indígena quiché.

La brasileña Moema Viezer presentó un libro con el sugerente título *Si me permiten hablar*, en el que nos introduce a la vida de Domitila y, efectivamente, a través de cada línea el lector va escuchando una voz que habla fluidamente de las minas y de hombres y mujeres bolivianos en incesantes luchas por conseguir mejores condiciones de vida. Domitila afirma que su historia, su vida y su lucha forman parte de su grupo social, por lo que remarca constantemente que su testimonio no es individual sino de una colectividad que vive, piensa y se manifiesta a

* Investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <ssoriano@servidor.unam.mx>.

través suyo. Por otro lado, Elizabeth Burgos conversó con Rigoberta y esa oralidad se convirtió, a su vez, en escritura. Si bien ambas obras están narradas en primera persona y durante el proceso de lectura imaginamos a las mujeres que aparecen en la portada, esos libros no han sido escritos por ellas aunque sean sus vivencias y experiencias las que llenan sus páginas. En ambos casos una tercera persona escribió lo que ellas querían transmitir, por lo que podemos decir que no estamos hablando de una autobiografía sino de un trabajo testimonial. Ambas mujeres son pobres y son militantes y escribir su vida para otros no forma parte de sus proyectos; sólo cuando alguien más se los pide ellas comparten sus vivencias. Añadamos que ellas saben que lo que han vivido no es común y éste es un motivo para platicarlo, compartirlo, hacerlo público. Son mujeres políticas y como tales sus testimonios tienen una perspectiva política. Narrados en primera persona y como un ejercicio oral que se traduce a la escritura, los textos invitan a los lectores a penetrar una vida que va de la niñez al momento de la enunciación, pasando por emociones, experiencias y militancias que desembocan en la búsqueda de un cambio de la vida colectiva. Hablan en presente de una lucha actual.

Pero si nos adentramos en el escenario bélico igualmente encontraremos testimonios de mujeres que narran su experiencia en organizaciones político militares o vinculadas a la militancia política, pues aunque se consideren ajenas al conflicto éste las golpeó y las victimizó. En este último caso podemos diferenciar dos estilos en lo que a las narraciones se refiere, ya sea que ellas mismas escriben su vida y la comparten con los demás (una autobiografía en el sentido exacto del término) o que por iniciativa de terceros nos lleguen sus vivencias, esto es, le contaron sus experiencias a alguien (como los anteriores libros citados de Domitila y Rigoberta) y esa persona las transcribió para difundirlas; abundan ejemplos de ello. También hay quienes en un solo volumen integran diversas voces con un eje común para formar un libro que une los testimonios de esas mujeres.

En la región centroamericana encontramos a varias mujeres que han escrito su autobiografía: Gioconda Belli, ex sandinista, escribió *El país bajo mi piel: memorias de amor y de guerra* (2001). Nidia Díaz, ex comandante salvadoreña, también narró su experiencia básicamente como prisionera política en *Nunca estuve sola* (1999). Publicado en francés a comienzos de la década de los ochenta se encuentra el testimonio de Ana Guadalupe Martínez, *El Salvador: une femme du Front de Libération témoigne*.

Entre las guatemaltecas también hay varias que han presentado su historia personal, como Aura Marina Arriola que publicó *Ese obstinado sobrevivir: autoetnografía de una mujer guatemalteca* (2000), o Yolanda Colom que publicó *Mujeres en la alborada: guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978* (1998), estas dos autoras son militantes del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). La Chiqui Ramírez, ex militante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), presentó su autobiografía *La guerra de los 36 años vista con ojos de mujer de izquierda* (2001).¹ En estos últimos tres libros que comparten la temporalidad de la lucha y prácticamente el momento de la reflexión, la escritura y la publicación, basaremos las siguientes reflexiones.²

Ya sea que el interés surja de ellas mismas o que a partir de terceros se integre su testimonio, el objetivo principal de tales publicaciones es dar cuenta de la vida de cierto personaje que enfrentó grandes retos al comprometerse con una lucha que consideró justa y por la que estuvo dispuesto a perder su propia vida, y son esas peripecias las que posteriormente quiso compartir con los lectores.

En este artículo realizaremos una reflexión a partir de trabajos testimoniales y autobiográficos de mujeres que han vivido de cerca la guerra y las miraremos como protagonistas de una historia que hicieron suya y en un proceso social del que desearon ser parte.

Nos interesa rescatar, en primer lugar, las ideas que ellas expresan escribiendo en pasado sobre sus sentimientos cuando una guerra las echó fuera de su cotidianidad y responder con ello a algunos interrogantes que nos ayuden a entender cómo se involucraron en la guerra, cómo la vivieron y sufrieron y cuál es la percepción que tienen de sus relaciones, de sus compañeros y compañeras, de la violencia y los obstáculos que enfrentaron para llegar a donde llegaron. Asimismo, buscamos también rescatar trabajos escritos en los que escuchamos esas reflexiones femeninas surgidas en un escenario de guerra en el que voluntariamente vivieron, actuaron y se transformaron. En otras pala-

¹ Desde otra perspectiva podemos mencionar que María Vilanova, viuda del depuesto presidente Jacobo Arbenz, también escribió parte de su vida pero desde la perspectiva de ser la esposa de alguien; el título de su libro, *Mi esposo el presidente Arbenz*, tiene más que ver con él que con ella, sin embargo muchos de esos recuerdos se relacionan con su vida personal al lado de un personaje político determinante en la vida guatemalteca.

² Personalmente sólo conocí a Aura Marina Arriola, con quien conversé muchas horas y me facilitó los tres libros; le debo varias de mis reflexiones, además de un sentido reconocimiento por toda la experiencia que me compartió. Ella murió en años recientes, sin embargo, conocí una primera versión de este artículo y en ese entonces también escuché sus comentarios.

bras, resignificaron su identidad. A través de estos trabajos trataremos de desentrañar cómo se ven a sí mismas, cómo se reconocen en función de los otros y cómo esos otros se convirtieron en parte de su militancia y de su lucha, es decir, su compromiso político visto hoy desde la perspectiva de género.

En segundo lugar también miraremos el testimonio desde la perspectiva de la narración en tiempo presente. La mirada a la voz escrita y a la voz hablada nos introducirá a un mosaico de realidades diferentes de acuerdo con la percepción del momento en que se expresan. En las siguientes líneas comprobaremos que no es lo mismo platicar desde la lucha que desde la desmovilización. Nuestro escenario será Guatemala porque ahí encontraremos ambas expresiones, lo que amplía nuestro horizonte y nos permite extraer análisis y conclusiones.³

Hablar en primera persona

COMENZAREMOS con la vida de Yolanda Colom, ex guerrillera. Al contar sus recuerdos ella le da prioridad a las cuestiones políticas más que a las personales. Si bien por la lectura de su obra sabemos que tuvo por lo menos dos parejas sentimentales y un hijo, en la mayor parte de su escrito hace referencia a su participación en la guerrilla, las actividades revolucionarias y los avatares que enfrentó como guerrillera. Vislumbra como una pena la separación del hijo y el rompimiento de los lazos familiares: “mi hijo ha crecido lejos de mí ininterrumpidamente”; “creo que tengo un hijo que ha sabido ser fuerte ante la adversidad que le ha tocado vivir”.⁴ Cuenta que se casó, se separó y volvió a enamorarse pero no profundiza en sus sentimientos, salvo los que le inspira su pueblo. Así, nos narra sus primeras inquietudes frente al racismo, la miseria y su inserción en la que consideró la alternativa para cambiar el régimen imperante, vivencias que forman parte de los primeros capítulos; a su estancia en la montaña dedicará la mayor parte de las páginas de *Mujeres en la alborada* que se convierte en un interesante recuento de recuerdos donde se evidencian ante los lectores, entre otras cosas, las razones del por qué militar en una guerrilla. Desde la nota introductoria señala Colom:

³ Ya en otras ocasiones hemos reflexionado sobre Rigoberta Menchú y sus libros, por lo que en esta ocasión la dejaremos de lado.

⁴ Yolanda Colom, *Mujeres en la alborada: guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978*, Guatemala, Artemis & Edinter, 1998 (*Testimonios*), nota al pie de página.

Aspiraba a una Guatemala digna y justa: a una sociedad más humana, más feliz, más avanzada [...] mi compromiso en la lucha revolucionaria lo determinó el drama social de mi pueblo [...] Pertenezco a una generación de revolucionarios latinoamericanos forjada en un periodo de terrorismo de Estado y de crisis del sistema político, de luchas populares y de generosidad sin medida por parte de quienes trataron de cambiarlo.⁵

Colom se integró al EGP y comenzó una militancia urbana que en el fondo deseaba transformar en incorporación a la montaña; se encontraba casada con el que ella nombra simplemente “mi compañero” y con el cual tuvo un hijo. En su caso (como en el de muchas otras combatientes) los abuelos maternos asumieron el papel de padres. Destino glorioso de todo militante es la montaña, como queda de manifiesto en la siguiente frase:

En ese entonces, numerosos revolucionarios procedentes de las capas medias urbanas considerábamos —tal vez por romanticismo y por simplificar la gesta revolucionaria cubana— que la militancia en la montaña era la máxima e insustituible expresión de la realización revolucionaria.⁶

En virtud de que el texto fue escrito cuando se encontraba desmovilizada cabe resaltar que no se arrepiente ni del camino seguido ni de considerar a la vida en la montaña como su experiencia más importante. Al reflexionar sobre el pasado asume una actitud autocrítica en cuanto a la falta de seguridad, tanto al interior de la organización como al ingresar a ella, lo que cobraría muchas vidas. Otro aspecto que ocasionalmente menciona es que las mujeres realizaban acciones para ellas mismas y las contradicciones que eso conllevaba:

Dolorosamente comprobaba que varias generaciones de mujeres patriotas estaban condenadas a seguir sufriendo, porque no alcanzarían a vivir su emancipación. Si mucho, algunas vivirían parte de la lucha por la liberación de futuras generaciones. La gesta revolucionaria estaba llena de contradicciones y altibajos, pues éramos hombres y mujeres formados en el sistema a transformar quienes impulsábamos la lucha. Y las mujeres éramos muchas veces portadoras de ideas y prácticas opresivas hacia nosotras mismas.⁷

La participación femenina en la revolución ha dado lugar a numerosos debates; Colom reconoce que en las ciudades la función de las muje-

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*, p. 8.

⁷ *Ibid.*, p. 63.

res en la organización revolucionaria se limitaba a la “colaboración”, en tanto que entre los hombres,

cada quien decidía la modalidad que quería según su disposición y posibilidades. Sin embargo, era una tradición que las mujeres fuéramos casi siempre colaboradoras. Una especie de retaguardia de los padres, los hermanos, los novios, los maridos, los hijos y hasta los amigos. Y las formas de colaborar se reducían, salvo excepciones, a realizar tareas domésticas, mandados y compras para núcleos de militantes; a criar y educar a los hijos propios y ajenos; a escribir a máquina, reproducir y trasladar materiales escritos, cuidar enfermos y heridos; a trasladar mensajes y encubrir actividades que otros realizaban. No desprecio esas tareas. Al contrario, sé que son necesarias y las valoro profundamente. Y es estimulante que numerosas mujeres y hombres las hagan en función de la causa popular y revolucionaria pero yo no aspiraba a esa perspectiva.⁸

Tradición es la palabra que emplea. Y aunque después afirma que también los hombres realizaban tareas domésticas, al principio del texto éstas se les asignan a las mujeres por “tradición”. Ella quiso romper la función de colaboradora pues en la mítica montaña las cosas marchaban de muy diferente manera, según sus propios recuerdos. Allí, desde el principio se rompió con los patrones que prevalecían en la sociedad que deseaban transformar pues la división del trabajo nada tenía que ver con la extracción clasista, la etnia o el sexo; por el contrario, una vez que las mujeres se incorporaban al destacamento eran liberadas de las actividades domésticas, maritales o familiares, lo que implicaba una exoneración de compromisos. No se cuestionó la maternidad, la montaña la liberaba. El adiestramiento militar era parejo sin importar el sexo. Así entonces, para las guerrilleras se abrió un campo de nuevas experiencias y conocimientos:

A las mujeres nos planteaba el reto de desarrollar funciones, habilidades y conocimientos nuevos en los campos de la política, lo militar, lo agrícola y lo organizativo [...] y a la inclusión en actividades tradicionalmente masculinas en nuestro medio, como son la caza y la pesca. Y ello en el marco de una organización revolucionaria en la que *algunos* de sus dirigentes y militantes cuestionábamos valores como el machismo, la opresión de la mujer, la doble moral, el tabú sexual, el mito de la virginidad, entre otros. Pero esta lucha en nuestra organización apenas comenzaba a someterse a la prueba de la práctica, en un proceso contradictorio de *logros parciales y reversibles*.⁹

⁸ *Ibid.*, p. 71.

⁹ *Ibid.*, p. 105. Las cursivas son mías.

Consideramos que hablar de logros *reversibles* es un elemento central y relevante en Yolanda Colom. Efectivamente, incorporarse a la caza o la pesca podía ser relativamente más fácil que romper con actividades propiamente femeninas que debían realizar hombres. En otras palabras, es más difícil que un hombre acceda voluntariamente a efectuar funciones tradicionalmente asignadas a las mujeres a que ellas se aboquen a las tareas que realizan los varones. Y el hecho de hablar de *algunos* de los dirigentes y militantes nos muestra que la opresión de las mujeres no formaba parte de una política aceptada por el conjunto de la organización revolucionaria. Otro aspecto de autocritica que deja ver Colom es la falta de formación política de los militantes y las contradicciones que ello podía acarrear. La emoción por incorporarse y porque se integraran nuevos miembros hacía que se le diera prioridad a las cuestiones militares antes que a las políticas:

El entusiasmo y el deseo de derrocar al régimen nos hacían aprender los conocimientos operativos propios del combatiente en tiempo récord. Pero el vital aprendizaje de las complejidades de la política y de la realidad guatemalteca, así como la formación de la conciencia revolucionaria, eran lentos y contradictorios [...]

La subestimación de la política era generalizada dentro de la organización, incluso en la capital donde al principio cifrábamos nuestras esperanzas. Numerosos compañeros consideraban que hacer política —y por lo tanto, pensar, dirigir y actuar políticamente— era perder el tiempo.¹⁰

Pese a dar prioridad a lo militar y prepararse más en una perspectiva de enfrentamientos armados, no lograron contener la violencia del ejército. Me parece importante que Colom retome cómo se perdió la formación de una conciencia revolucionaria y los costos que se pagaron por la actividad práctica de engrosar las filas guerrilleras. A partir de la política de tierra arrasada que se siguió entre 1982 y 1983 surgen en ella las siguientes reflexiones:

Ni entonces ni después la guerra irregular que impulsamos llegó a desarrollarse con el rigor debido el arte militar. Los frentes guerrilleros que habíamos construido en las montañas del noroeste fueron desarticulados. Numerosas localidades donde construimos organización fueron borradas del mapa, otras fueron diezmadas y la región militarizada.¹¹

¹⁰ *Ibid.*, pp. 113, 196.

¹¹ *Ibid.*, p. 309.

Colom sufrió hambre, frío, asedio de animales, incompreensión de los miembros de su mismo grupo, el rompimiento de sus lazos familiares, las inclemencias propias de vivir en la montaña, la incertidumbre de la vida; frente a ello vivió la alegría de la solidaridad en el campamento, la belleza del paisaje, la relación amorosa y compartida con un hombre durante varios años en la montaña; asimismo la muerte prematura (con apenas poco más de veinte años de edad) de combatientes cercanos, la impotencia frente a las arbitrariedades de los terratenientes, el aumento en la escalada de violencia implementada por el ejército frente a la incipiente organización guerrillera, las divisiones internas que llevaron a crisis agudas, algunos intentos suicidas, muchos sueños, bailes y ríos que invitaban al descanso. Experimentó también la soledad entonces y después:

Fue durante esa temporada cuando experimenté la soledad y la falta de comunicación por primera vez en mi vida. No sólo porque pasé días solitaria en el mundo del misterio verde, sino porque no tenía con quien compartir un sinfín de inquietudes y reflexiones aunque estaba rodeada de compañeros.¹²

Este trabajo —por cierto pionero, se publicó años antes de que se firmaran los Acuerdos de Paz— en conjunto con los antes mencionados son de una importancia que debemos valorar: nos cuentan la militancia desde la perspectiva de mujeres que se incorporaron a la lucha en aras de una nueva nación y aunque la autora no habla mucho de sus sentimientos es posible entrever algunos (la tristeza, la soledad, la alegría, la esperanza, la impotencia). A lo largo de las páginas que llena con su historia da prioridad a las cuestiones políticas, deja muchas cosas en la ambigüedad, algunos de los hechos que cuestiona o critica quedan como planteamientos abstractos (por citar un ejemplo, los nombres que da son básicamente de quienes ya murieron) y a pesar de que al final de su testimonio plantea abiertamente una autocrítica (a la organización) pareciera que el tiempo de llamar a las cosas por su nombre aún no ha llegado a la dolida Guatemala. No está de más señalar que si bien ella habla de veinte años de militancia revolucionaria, en su libro narra cinco, fundamentalmente los años que vivió en la montaña y los que le precedieron para incorporarse a ésta, restándole importancia a los otros quince. El trabajo de rescatar, cuestionar y criticar muchos de los hechos vividos para poner en orden los recuerdos es un gran

¹² *Ibid.*, p. 277.

mérito en esta autobiografía a pesar de que se da prioridad a lo político y lo personal sólo queda esbozado.

Veamos otro aporte. Militante primero en el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), posteriormente en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y finalmente en el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), Aura Marina Arriola nos presenta un título muy a tono con su vida en su autobiografía *Este obstinado sobrevivir: autoetnología de una guatemalteca*, en la que se combinarán los recuerdos de la militancia política, los sentimientos así como los avatares en cuanto a diferentes episodios de la organización revolucionaria y los cambios habidos en Guatemala. Para esta mujer que vivió múltiples experiencias resucitar el pasado a través de sus recuerdos tiene una importancia particular, por ello la forma de comenzar su historia hablando del olvido como parte integrante de sus memorias y de lo que significa su testimonio resulta muy *sui generis*:¹³

Yo considero, sin embargo, en este intento de autobiografía realizado como entógrafa que se observa a sí misma, que el olvido es parte de la propia forma de sobrevivir con alegría, porque muchas veces los recuerdos podrían crear amargura, desesperanza, ya que las relaciones humanas suelen ser tan difíciles que llegamos a pensar con frecuencia que son imposibles [...]

En ningún momento he buscado hacer un aporte a la historia de ese periodo, sino desde la vía indirecta de un testimonio de una mujer que vivió intensamente los acontecimientos de una época histórica, siempre ligada a mi terruño [...] El primer borrador que salió de mi computadora lo enseñé a varios amigos europeos, mexicanos y guatemaltecos, y ellos fueron los que me empujaron a publicarlo a pesar de mis pudores, temores e inhibiciones. Ése es el motivo por el que hago público un acto muy íntimo y personal como es luchar, odiar y vivir intensamente la sorprendente realidad de las cosas.¹⁴

Arriola da una explicación del cómo y el porqué escribió, asimismo de la decisión de hacer público algo tan íntimo, algo que podría pensarse que sólo a ella le pertenece pero que afortunadamente nos comparte. Para Arriola es importante iniciar la narración por sus orígenes familiares, el entorno en el que ella sería la rebelde y algunas de las circunstancias que en sus primeros años de vida darían forma a su ser posterior. Sus padres, sus hermanas y sus primeros años de estudio así como

¹³ Por supuesto, sin olvido no podría existir la memoria porque recordamos sólo aquello que para nosotros hace sentido.

¹⁴ Aura Marina Arriola, *Este obstinado sobrevivir: autoetnología de una guatemalteca*, Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2000, pp. 13, 122-123.

la oportunidad (y la idea de desarraigo) de vivir fuera del país en el ámbito diplomático forman las primeras páginas de su libro. Muchos personajes (ella misma es uno de ellos) cobrarán vida a lo largo de sus memorias: Alaíde Foppa, Luis Cardoza y Aragón, Ernesto Che Guevara, Regis Debray, Ricardo Pozas, Andre Gunder Frank, Costa Gavras y un largo etcétera de personas de las más diversas nacionalidades. Es interesante su reflexión sobre la revolución que se vivía en la Guatemala de los años sesenta y lo que esperaba que viniera:

Lo más significativo de esa época fue mi participación en las jornadas de marzo y abril de 1962, que fueron una verdadera insurrección popular contra el gobierno de Ydígoras Fuentes. El 68 que se vivió en México, Francia, Italia y Alemania, lo vivimos nosotros años antes. Es decir, que de acuerdo con nuestras condiciones específicas, vivimos en Guatemala una rebelión popular que tenía sus orígenes en lo político, lo económico y lo social y que desembocaría en la lucha armada, pero que a la vez llevaría a la rebelión étnica y de género, las cuales iniciarían la conquista, por las buenas o por las malas, de la igualdad con las minorías-mayorías discriminantes.¹⁵

A pesar de la firme convicción de que la lucha armada era el único camino, no coincidió con los tiempos y la forma en que ésta comenzó a darse, la actitud autocrítica y crítica a la organización puede considerarse fuente de conflictos:

Yo no reniego de la lucha armada, creo que fue la opción a que nos empujó un régimen ciego, sordo ante cualquier intento de modernización [...] la lucha guerrillera nos la impusieron las circunstancias históricas del mundo y las condiciones internas de nuestro país. Sin embargo, aunque creo que la experiencia guerrillera es válida en los países ocupados por un enemigo interno o externo que despoja salvajemente a los pueblos, creo también que la guerrilla guatemalteca debe hacer una profunda autocrítica de los métodos de trabajo, organización interna, relaciones con sus propios militantes, con el pueblo que ha sido su base de apoyo, el agua que le ha permitido nadar y por el que dice luchar.¹⁶

Sus parejas sentimentales, a quienes llama por su nombre y apellido, irán apareciendo a lo largo de sus recuerdos y los dos hijos que tuvo también forman parte de sus escritos a la par que las cuestiones políticas y organizativas que le iban dando forma a su militancia y a su com-

¹⁵ *Ibid.*, p. 37.

¹⁶ *Ibid.*, p. 49.

promiso revolucionario. Arriola coincide con Colom en las actividades que se asignaban a las mujeres, militantes urbanas del EGP:

Además, tenía que hacer las compras, cocinar, cuidar a mi hijo, lavar, planchar y preparar las comidas de los compañeros de la dirección que se reunían en un cuarto aparte a discutir los problemas verdaderamente importantes. El punto que derramó el vaso fue que tenía que anotar hasta el último centavo de lo que había ganado y lo gastado, cuando el dinero del que vivíamos, y que además contribuía para la organización naciente, lo ganaba yo. Fue mi primera rebelión: decidí negarme a llevar las cuentas.¹⁷

Su primera rebelión dentro de la organización tuvo que ver con su subordinación genérica. Mientras que la dirección hablaba de problemas importantes ella se dedicaba a las actividades “propias de su sexo” y que sólo a ella (no a sus compañeros) le tocó cuestionar. Conoció la vida clandestina, la vida como prisionera y la suerte del exilio. Constantemente realiza críticas y autocríticas a la línea política de las organizaciones en las que militó, a errores que costaron muy caros a la lucha. El testimonio de Arriola es rico en datos sobre la construcción de las organizaciones guerrilleras, la participación de destacados combatientes, las constantes divisiones de la izquierda y particularmente las dificultades que como mujer hubo de vivir militando, siendo madre y compañera, afrontando un sinnúmero de peligros, habitando en muchos lugares y no perdiendo la fe en la lucha por la construcción de la nueva Guatemala. Su relación de pareja se tornó complicada cuando ella cuestionó el machismo en que vivían:

Descubrí esa cultura genérica opresiva en mi vida cotidiana, cuando me di cuenta que mi compañero me trataba casi exclusivamente como la madre de su hijo, pues una de las características de Ricardo era su gran mimetismo en el medio y sobre todo, en el cubano, que es terriblemente machista. Lo había conocido, cuando yo trabajaba intensamente, tanto como militante y como profesional de la antropología, lo que me había impedido darme cuenta de esa característica suya. Ricardo comenzó en Cuba a no verme como compañera política, pues muchas cosas de nuestra vida en la lucha ni siquiera me las contaba.¹⁸

De Guatemala a México, a Cuba y a Vietnam, su objetivo continuaba siendo la lucha armada para transformar la opresión y la falta de espacios para actuar. Muchos de sus viajes no se relacionaban directamen-

¹⁷ *Ibid.*, p. 81.

¹⁸ *Ibid.*, p. 62.

te con el aprendizaje, el crecimiento político, la preparación para la lucha; ella señala que la represión al interior de la organización revolucionaria marcó muchas dificultades. Al prepararse para su regreso a Guatemala desde Cuba, quedó excluida del entrenamiento:

En ese entrenamiento no teníamos cabida Antonio Fernández Izaguirre, quien siempre había sido de ideas muy independientes y no le simpatizaba a Ricardo, posiblemente por ser un elemento de competitividad para él; y yo, por ser mujer y no ortodoxa. Entonces como premio de consolación nos enviaron a hacer un entrenamiento guerrillero de tres meses a Vietnam.¹⁹

Arriola cuestiona constantemente el machismo al que hubo de hacer frente en la organización revolucionaria, esa tendencia a hacerla sentir menos importante y a subestimar su trabajo porque era mujer, a considerar que sus críticas políticas eran inspiradas por resquemores personales, hecho que no se atribuía a un hombre, sólo las mujeres podían actuar con resentimientos antes que con visión política:

Mi trabajo de recabar dinero y apoyo para el naciente EGP en Francia e Italia, por otra parte, fue el inicio del trabajo internacional del movimiento guerrillero en Europa. En ese campo fui realmente una pionera, pues antes lo había realizado en México, para las primeras FAR. Fue un trabajo que no obtuvo gran apoyo entre los compañeros, sino fue visto como secundario, por el localismo tradicional de los guatemaltecos, y en parte por el machismo, pues lo realizaba una mujer. Más tarde el mérito se lo dieron a otros, mientras en ese momento se sentaron las bases para lo que sería el trabajo internacional de la URNG; labor que fue uno de sus puntos fuertes en los momentos del diálogo de paz [...]

Sin embargo, con el machismo característico, se estigmatizaron mis inquietudes como resentimiento personal y afectivo hacia Ricardo, cuando en la vida personal ambos habíamos tomado derroteros distintos mucho antes de esa ruptura política.²⁰

Sus compañeros subestimaban las críticas que ella hacía a la organización guerrillera porque consideraban que podían estar influidas por resentimientos personales hacia su ex pareja; por otro lado, el ejército guatemalteco, al tanto de esa relación, la dejaba actuar esperando lo condujera a él. En todo momento era vista y medida en relación con un hombre importante, por lo que la función de Arriola se diluía: “Yo creo que el ejército me dejó entrar a Guatemala esperando siempre que los

¹⁹ *Ibid.*, p. 71.

²⁰ *Ibid.*, pp. 84-85, 90.

condujera a Ricardo Ramírez, sin embargo, con él logramos comunicarnos por medio de personas amigas, y nunca localizaron nada”.²¹

Arriola debió afrontar problemas de salud que la marcaron profundamente. Médicos, medicamentos y dolencias se convirtieron en sus compañeros a lo largo de muchos años de su vida; pero, como ella misma dice, “ese obstinado sobrevivir” la mantuvo a flote pese a que “creí muchas veces volverme loca” e “intenté suicidarme tirándome de una ventana”.²² Así nos muestra su entereza y capacidad de lucha y cómo sufrió y amó profundamente para que los guatemaltecos alcanzaran una mejor suerte; Arriola piensa que mientras no exista una actitud autocrítica hacia todas las acciones efectuadas, el avance no será verdadero. El libro se cierra con fotografías y documentos con los que quiere reafirmar algunos planteamientos que exteriorizó en su tiempo y que confirman que las críticas surgieron en su momento y no *a posteriori*.

Hablemos ahora de la Chiqui Ramírez, guatemalteca que escribió su testimonio sobre la Guatemala en guerra. Por el título que puso a su libro, *La guerra de los 36 años: vista con ojos de mujer de izquierda*, es evidente que su obra es más ambiciosa que las anteriores. Desde el índice se percibe que su objetivo es más amplio y que el centro de su narración es la cuestión política. Comienza la exposición con los recuerdos de su niñez mezclados al acontecer político que vivieron sus familiares y que fue conociendo a través de las conversaciones sostenidas con su abuelo. En los primeros capítulos presenta la percepción de la guerra desde su posición de mujer de izquierda, aunque en los subsiguientes planteará una visión más personal producto del desarrollo político y convulsionado de su país. Sus divergencias con la línea del PGT y las FAR —presentadas por ella años después de la firma de los acuerdos— dejan ver una profunda crítica tanto a la dirección como a varios de los cuadros guerrilleros. Para ella la montaña no fue el mítico lugar al que muchas aspiraban arribar, su militancia se llevó a cabo en la ciudad y aunque ella deseaba actuar, prefería hacerlo de una sola manera, ya fuera ésta legal o clandestina, pero recibió instrucciones de combinar actividades abiertas y secretas lo que, a su entender, costó muchas y valiosas vidas de jóvenes deseosos de participar y que se convirtieron en blanco fácil de la fuerte represión que azotó a su país.

Ramírez es una militante joven, casi una niña, que se involucró en el Frente Unido del Estudiantado Guatemalteco Organizado (FUEGO, fundado en 1958), organización inmersa en los grandes movimientos so-

²¹ *Ibid.*, p. 103.

²² *Ibid.*, p. 101.

ciales que incluían a los obreros, los partidos políticos y el sector magisterial. En el marco del derrocamiento del gobierno de Jacobo Arbenz ella comienza a inquietarse por lo que sucede en su país. En los primeros capítulos de la obra de Ramírez se entrecruzan citas de la historia de Guatemala y de la prensa con sus propias ideas sobre el acontecer que vivía. La represión le creó un sentimiento de impotencia que se traduciría en el incentivo de su posterior actividad política:

Desde la época de Arévalo, el abuelo, viejo opositor de dictaduras, juntaba a su tribu y todos los primeros de mayo, salía a los departamentos a ver el desfile de los trabajadores. Ese año, después de la invasión, la familia salió hacia Escuintla. Atentos como todos los años, parados en la banqueta, esperamos hasta que los campesinos asomaron por las calles empedradas del pueblo. Vestían camisas y pantalones de manta blancos. Unos calzaban caites, otros descalzos. Los sombreros de petate brillaban con el sol de costa sur. Con pancartas, denunciaban los atropellos y asesinatos de que estaban siendo objeto; los desalojos de la tierra que les había otorgado el Decreto 900 o Ley de Reforma Agraria; cuando de repente, de la penitenciaría salieron policías disparando sus carabinas contra los manifestantes. Se escuchaban los tiros y la sangre cubría rápidamente las ropas blancas de los campesinos que caían. Todo mundo corría, maldecía, gritaba. El sol era pesado, los cuerpos sudorosos, agitados por el calor y el miedo; el color de la sangre bajo el sol, se quedó grabada en mi mente y mi corazón de niña. Con mirada atónita no podía creer todo lo que mis ojos me estaban mostrando. Y ahí fue cuando supe lo que tenía que hacer. Pero me faltaba edad.²³

En los años sesenta Ramírez se incorporó de lleno a la militancia en las filas de la organización estudiantil FUEGO pensando que los cauces legales se habían cerrado y que la lucha armada era el camino:

La intervención gringa estaba latente en nuestras mentes jóvenes y cada uno de nosotros retomó los planteamientos del coronel Jacobo Arbenz Guzmán, de construir un Estado democrático, soberano, independiente. Entonces, identificados con el grueso de la población, nos sentimos llamados a desarrollar la lucha armada contra el sistema imperante. ¡Era un compromiso histórico!²⁴

Pero, a la par de esta lucha armada, Ramírez contempla que los planes contrainsurgentes también se pusieron en camino. Durante las jornadas de marzo y abril de 1962 los detenidos y heridos eran noticia de todos

²³ Chiqui Ramírez, *La guerra de los 36 años: vista con ojos de mujer de izquierda*, Guatemala, Oscar de León Palacios, 2001, p. 59.

²⁴ *Ibid.*, p. 87.

los días; los sepelios de los estudiantes asesinados se convirtieron en escenarios de grandes protestas que comúnmente fueron reprimidas, hecho que llevó a la radicalización del movimiento, punto en el que Ramírez comienza su crítica al PGT:

Las jornadas de marzo y abril del 62, pusieron en guardia al imperialismo norteamericano, a la burguesía y al Ejército guatemalteco, pues fue un levantamiento popular incontrolable para la misma dirección del PGT y el MR-13.

El miedo a lo desconocido, la inseguridad que nos daba lanzarnos a la aventura, sabiendo de antemano que lo único que íbamos a encontrar era la muerte, la tratábamos de compensar con una buena dosis de romanticismo y mística revolucionaria [...] Pude darme cuenta de la falta de medidas de seguridad del grupo, para mandar a hacerse los uniformes militares, para comprar el equipo de campaña, etcétera.

Ni la dirección política del PGT ni la JCT, estaban en condiciones ni preparados para tomar las riendas de una carreta que se desbocaba. La capacidad de la población para inventar en momentos apremiantes era inimaginable, para una dirección que no podía, ni quería canalizar las iniciativas de las bases, por temor a ser desplazados de sus sillas de dirigentes.²⁵

El romanticismo era sin duda un elemento común, aunque de acuerdo con Ramírez la muerte fue lo único que encontraron, pero al morir por la patria la vida se ofrendaba prácticamente sin cuestionamiento. Asimismo Ramírez comenzó a sentirse relegada por ser mujer y a comprobar que el amiguismo y el machismo imperaban también entre los mismos revolucionarios. Cuando se reclutaron cuadros para recibir adiestramiento militar en Cuba fue rechazada, según sus propias palabras,

por ser menor de edad (diecisiete años) y ser mujer [...] Sin embargo, le dieron el entrenamiento a otras *mujeres de compas*, que nunca pusieron en práctica lo aprendido [...]

Las mujeres, pocas por cierto, tuvimos que enfrentarnos al machismo exacerbado de los nuevos compañeros militaristas. Ya no se trataba de los compañeros de los primeros años de lucha, con quienes se compartían ideales de igualdad y oportunidades para la mujer, no. Ahora se trataba de gentes de diferentes estratos sociales, que al calor de los combates callejeros habían ingresado a la organización y que en la mayoría de los casos carecían de fundamentos ideológicos básicos, pero que abundaban en criterios machistas [...] A las mujeres nos quisieron relegar a las tareas *propias de la mujer*, incluyendo la función sexual para solaz de los compas dentro

²⁵ *Ibid.*, pp. 97, 115-116, 121.

de la organización, a lo que algunas nos opusimos violentamente desde el principio, logrando *cierto grado de reconocimiento* a la experiencia acumulada en años anteriores y por nuestra actitud firme y correcta. Es larga la lista de casos en que las mujeres fueron marginadas de cargos de dirección políticos y militares, haciendo que la participación de la mujer en las filas revolucionarias fuera y sea escasa.²⁶

Es importante remarcar algo en lo que casi ninguna mujer (ni hombre, por cierto) profundiza y que ella indica en forma clara: la cuestión sexual. En Ramírez esa idea da vueltas y una y otra vez y la lleva a denunciar prácticas no sólo machistas sino degradantes hacia las compañeras de militancia, algunas de las cuales llegaron a “denunciar a sus propios maridos”. Y repite una vez más lo que las militantes anteriores denunciaron: que en las organizaciones revolucionarias eran relegadas a “las tareas propias de la mujer” porque resultaba difícil visualizarlas cumpliendo una función distinta a la tradicionalmente asignada. Por experiencia propia, la idea de las montañas como el lugar privilegiado del revolucionario se transforma en un castigo. . . igualmente revolucionario:

La experiencia de años nos exigía que los cuadros quemados en la capital deberían engrosar las filas de la guerrilla en las montañas, que en ese entonces, para todos nosotros representaba el más grande honor a que podía llegar un revolucionario. *Años más tarde se llegaba a la guerrilla rural por sanción.*²⁷

En las páginas que va llenando de recuerdos se entrecruzan su militancia política, el acontecer del país, sus vivencias personales y los sentimientos que se van suscitando en ella. La muerte de tantos compañeros dejaría una profunda huella en Ramírez que al entrar a la clandestinidad la llevaría a prepararse para la “inminencia de la muerte”.²⁸ Asimismo se asientan los nombres de sus compañeros políticos, de los jóvenes muertos, de los considerados por ella líderes corruptos y también los errores que costarían muchas vidas, así como, finalmente, la política contrainsurgente que melló al movimiento revolucionario y los muchos problemas internos que las buenas intenciones de las bases no lograban solucionar.

Después de militar en la organización estudiantil y desde allí participar activamente en el PGT, Ramírez se integró a las FAR como responsable de propaganda a escala nacional, lo que la llevó a recorrer el

²⁶ *Ibid.*, pp. 120, 138-139.

²⁷ *Ibid.*, p. 146.

²⁸ *Ibid.*, p. 120.

país, conocer las inquietudes de los campesinos e indígenas y confirmar que el camino elegido era el adecuado; la realidad a la que se enfrentó fue “mucho más desgarrante de lo que nosotros habíamos imaginado”.²⁹

Es sumamente interesante el capítulo que Ramírez dedica a la infiltración y las medidas contrainsurgentes; resalta por un lado, la ingenuidad de los jóvenes y, por otro, la falta de cuidado de la dirección, lo que redundó en el incremento de la lista de muertos. La represión se agudizó y se volvió más abierta. En tanto que el gobierno en el poder asesorado por Estados Unidos mejoraba sus métodos de ataque, los revolucionarios caían por montones. Un movimiento en auge en la década de los sesenta fue minado por grupos paramilitares, la infiltración, los métodos de tortura cada vez más sofisticados y la división al interior de las filas revolucionarias. El método de puertas abiertas que carecía de mecanismos de selección efectivos para ingresar a la organización clandestina fue uno de los eslabones más débiles, afirma Ramírez, y razón para llorar a tantos muertos:

Desgraciadamente, el crecimiento de las organizaciones con el ingreso de numerosos nuevos militantes de todos los estratos sociales, fue el caldo de cultivo para la destrucción interna [...] Muchos camaradas estaban cayendo en los enfrentamientos militares que se daban casi a diario en la capital y no podía darme el lujo de tomar las cosas a la ligera [...] Estaban cayendo muchos compañeros por descuidos bien babosos y falta de medidas de seguridad. Eso se pensaba sin saber que la infiltración se nos había instalado.³⁰

La muerte cercana y cotidiana es algo que se repite en todos los recuerdos y que pesa fuertemente. Entre tantos sobresaltos se embarazó de su primer hijo sin reparar en su nueva responsabilidad como madre; así tuvo dos hijos y comenzó a reintegrarse a actividades legales sabiendo el riesgo que ello implicaba pues se sabía “quemada”. El asesinato de su esposo la empujó al exilio al no recibir apoyo por parte de la organización en que ambos militaban:

Jóvenes estudiantes de secundaria y universitarios promovieron la recolección de fondos para ayudarme a salir del país. Parientes, amigos y conocidos se volcaron en solidaridad hacia mí y mis hijos. Todos temían que fuera capturada y asesinada.³¹

²⁹ *Ibid.*, p. 169.

³⁰ *Ibid.*, p. 122.

³¹ *Ibid.*, p. 251.

De un golpe perdió esposo, trabajo, hogar, nombre y país y hasta su perro es sumado al recuento de pérdidas. Salió rumbo a Costa Rica y después a Cuba donde sufrió grandes desilusiones; envió a sus hijos de regreso a Guatemala con sus abuelos; al triunfo de los sandinistas continuó su exilio en Nicaragua; fue prisionera en ese país; de allí volvió a Costa Rica para partir posteriormente a México pero fue detenida en el aeropuerto. Comenzó la oleada de refugiados y se incorporó al trabajo solidario con sus compatriotas con los que formó el grupo Tezulutlán, en Chiapas y allí se enfrentó nuevamente al protagonismo de algunos militantes con consecuencias negativas.

Ramírez volvió a su país porque prefirió morir peleando que permanecer llorando fuera de Guatemala. Se fue desarmada a la guerrilla a Petén. En esa parte de la narración es claramente perceptible cómo se endurece la crítica a quienes dirigían la guerra: el desencanto entre los combatientes; la corrupción imperante; una incorrecta dirección; el almacenaje de armas y población desarmada; la utilización de métodos de terror contra quien fuera considerado “oreja”; la tolerancia, protección y justificación a violadores; las constantes deserciones; el abuso en el consumo de alcohol entre la tropa rebelde; la desatención a los problemas de salud; en fin, “la guerra que no se hace”.³² A causa de su deteriorado estado físico, Ramírez salió rumbo a México donde se quedó “congelada”; y allí reflexionó críticamente sobre la organización, continuó escribiendo la autobiografía que había comenzado poco antes y partió rumbo a Toronto, una tierra que, en sus palabras, le “devolvió la identidad”.

Si me lo preguntas...

ENTRE los libros que recogen diversos testimonios sobre Guatemala existen varios ejemplos. Comencemos por citar algunos que remarcan el contexto regional. Es probable que El Salvador sea el país que más literatura ha producido en este tenor; las referencias a la montaña, con su múltiple simbolismo, quedan de manifiesto en los siguientes tres títulos: *Mujeres montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*; *Y la montaña habló: testimonios de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*; y, por último, *Montañas con recuerdos de mujer: una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas*. Escritas después de la guerra estas obras recogen planteamientos críticos sobre la revo-

³² *Ibid.*, p. 290.

lución y la participación de las mujeres; algunos de estos trabajos son resultado de talleres en los que se ha tratado de hablar abiertamente de las vivencias femeninas con los logros y costos emocionales que para esas mujeres implicó participar en la búsqueda de un cambio que no se logró (por lo menos no el esperado). Estos libros entresacan los testimonios para obtener conclusiones; las ideas de las mujeres entrevistadas no aparecen completas, sólo son presentadas conjuntamente con las ideas de las autoras.

¿*¡Valió la pena!?*, por el contrario, es un trabajo que presenta íntegros los testimonios sobre salvadoreñas. Como el título indica, dicho libro fue escrito después del conflicto.

Todas estamos despiertas, de Margaret Randall, se publicó en un momento en que la Revolución Nicaragüense despertaba innumerables simpatías, entre otras razones por la activa participación de las mujeres y por un triunfo inminente que simbolizaba la esperanza de un futuro mejor para la pequeña república centroamericana (triunfo que se esperaba, por qué no decirlo, se extendiera más allá de las fronteras de la Nicaragua rebelde). Dicha obra recogió los testimonios de muy diversas militantes, desde guerrilleras hasta madres angustiadas, pasando por religiosas y mártires de la revolución. *Todas estamos despiertas* fue una de las primeras publicaciones en acaparar la atención de grandes sectores de la población allende las fronteras de la Nicaragua victoriosa, y el número de ediciones con que cuenta esta obra es muestra de ello. En el marco de la derrota del dictador los testimonios son abiertos, francos, esperanzadores y positivos; una marcada diferencia con respecto a El Salvador. En otro tenor pero siempre en el marco del género testimonial, las experiencias de los militantes en la resistencia, mejor conocida como *Contra*, se plasman en *Una tragedia campesina: testimonios de la Resistencia* de Alejandro Bendaña.

Las memorias de las guatemaltecas han tardado en publicarse. Un libro pionero es el de Silvia Solórzano que apareció en 1989, esto es, antes de la firma de los Acuerdos de Paz. Solórzano es un ejemplo de lucha personal, política y familiar; hija de Alaíde Foppa y de Alfonso Solórzano, militó en el EGP y perteneció a la URNG. Dos hermanos suyos murieron a causa de la militancia en el EGP. Su libro *Mujer alzada* recoge fundamentalmente pensamientos de guerrilleras (militantes del EGP), con lo que el mito de la montaña se fortalece y en todo caso lo que varía es el lugar de procedencia, ya sea urbana, campesina o indígena, o las convicciones personales como en el caso de una monja; también encontramos una mujer de las bases de apoyo. Algunos trabajos son presentados como entrevistas y también se incluyen cartas. El

libro se cierra con testimonios de militantes muertas y fotografías de diversas mujeres. *Mujer alzada* apareció cuando la lucha aún era activa y se incrementaba por el deseo de triunfar —la década de los ochenta— e imperaba una fuerte represión. Nos interesa rescatar algunos elementos para subrayar que el estado de ánimo que priva cuando la guerra se encuentra en auge y la esperanza en alto es muy diferente al que surge después de la firma de los Acuerdos de Paz cuando, si bien la esperanza todavía se conserva, la apología de la mujer alzada tiene otra perspectiva.

En la presentación de su libro Solórzano deja claro que la mujer que se encuentra en la montaña se libera:

En esa lucha (como mujeres) seguiremos experimentando que la revolución no solamente nos abre el camino para nuestra realización personal, sino que nos impulsa contra la carga histórica que representa ser mujer en la sociedad capitalista [...]

Mujer Alzada es, pues, sólo una muestra de cómo la *nueva mujer* ha ido surgiendo en Guatemala, en el seno del pueblo, en un momento específico de la guerra.³³

La nueva mujer, como el hombre nuevo del Che Guevara, se libera gracias a una guerra en la que se encuentra el germen de un sistema social sin opresión femenina; la revolución rompe con la carga histórica heredada del pasado y constituye, a su juicio, un propósito político consciente; cada uno de sus conceptos choca con la realidad guatemalteca y con las historias más cercanas a la militancia surgidas después de la desmovilización. En éste, como en muchos otros aspectos, el texto de Solórzano difiere diametralmente de las autobiografías que mencionamos páginas atrás, en las cuales la subordinación histórica de las mujeres impera en el seno de las organizaciones revolucionarias. El tiempo verbal es el que marca la diferencia. Este libro forma parte de una campaña propagandística en la que la montaña se nos presenta como el paraíso terrenal y la guerra como el ideal que rompe con todos los obstáculos y prejuicios, incluido el machismo. En los mencionados trabajos de Colom, Ramírez y Arriola podemos encontrar elementos de crítica y autocrítica relativos a la subestimación de la militancia política de las mujeres. Dichos testimonios fueron escritos años después de la participación de sus autoras y la distancia ofrece otra perspectiva; en cambio en la recopilación de Solórzano sobran las apolo-

³³ Silvia Solórzano, *Mujer alzada*, Barcelona, Sendai, 1988, pp. 11, 13.

gías a la guerra y la “organización” como instrumentos de liberación. He aquí algunos ejemplos:

Muchas veces las mujeres sólo acaban sus vidas en la casa porque no tienen derecho; no hay respeto a su trabajo. Pero ya en la montaña es diferente; allá la mujer cuenta, es combatiente, es dirigente [...] Y aún así, los hombres dicen que las mujeres no les sirven para nada; pero ya en la Revolución se aclara; las mujeres sí sirven, pueden hacer lo mismo, van parejas con los hombres [...] Muchas veces los hombres dicen que no valemos, pero dentro de la Revolución somos iguales.³⁴

Con tales palabras invitaba a las mujeres a reflexionar y a incorporarse a la guerrilla porque sólo allí podrían experimentar la igualdad, desarrollar sus capacidades, combatir a favor del pueblo sufriente y terminar con los malos tratos y el poder de los ricos. Su testimonio fue recogido en 1982, momento en que las masacres comenzaban a ser una lacerante realidad y la conclusión de la dirigente era que a las mujeres se les iban aclarando las ideas e invitaban a los hombres a incorporarse cuando ellas no podían hacerlo, así se unían a la organización. Pero no toda militancia valía igual: “Para mí es un gozo ver a las compañeras luchando; quisiera yo tener esas fuerzas; como esas compañeras que caminan cargadas con las cananas de tiros. Haciendo todos estos esfuerzos en la montaña, así quisiera ser yo, pero ya no puedo”.³⁵

A pesar de que hombres y mujeres miembros de la organización insistían en que todos los trabajos eran igualmente valorados, se evidencia que ser base de apoyo o alimentar a la guerrilla no era tan importante para ellas mismas como el hecho de estar en la montaña. La que cargaba armas, la que se enfrentaba a tiros con el enemigo, ésa era la que realmente luchaba. No sólo se idealizó a la mujer en la montaña, también se creó un ideal de pareja en la revolución. A la pregunta de si la relación de pareja estaba ligada al trabajo revolucionario, una indígena quiché responde:

Yo diría que sí, que nuestra relación como compañeros ha tenido mucho que ver con el trabajo revolucionario, pues hemos construido nuestra relación en la Revolución, pues hemos organizado nuestra vida en función del trabajo revolucionario; lo que más nos une como pareja es que luchamos por el mismo objetivo.³⁶

³⁴ *Ibid.*, p. 19.

³⁵ *Ibid.*, p. 27.

³⁶ *Ibid.*, p. 29.

Solórzano sigue pensando en su pareja sentimental, quien considera que las tareas domésticas corresponden sólo a la mujer: cuando nació el hijo de ambos “Alfonso no me ayudaba”, afirma. Aunque luchan por un objetivo común parece que el ideal de igualdad en la montaña se quedaba en el discurso. Las labores domésticas no formaban parte del “trabajo revolucionario” (lo hemos visto en anteriores recuerdos; cuidar niños o cocinar no era revolucionario y, además, había quien lo hacía como apoyo a la revolución. Y a pesar de ello el discurso de la igualdad sigue siendo hermoso. Flor, otra indígena ixil, explica que en su casa sólo las mujeres cocinan ya sea la madre o las hijas, sólo a ellas les corresponde esa función; sin embargo,

en la montaña, en el campamento, es distinto. Allí, entre nosotros, nombra-
mos cocineros, turnamos, aunque son hombres o mujeres, pero ya está
pareja la cosa allí entre nosotros [...] En la montaña, los hombres no tienen
objeción, pues ellos ya saben que es así. Así tenemos que hacer ya; no sólo
la mujer va a cocinar; no sólo la mujer va a hacer la comida. Todas las
costumbres de mal que teníamos en nuestra casa las dejamos y cuando
llegamos allí, todo está cambiado.³⁷

No queda sino asombrarse de la capacidad que tuvo la organización para revolucionar las relaciones de género cambiando de espacio: de la casa a la montaña, de la comunidad a la guerrilla se rompió con todo ese pasado opresivo hacia las mujeres y se transitó hacia vivencias equitativas pues “todo está cambiado”. Concedamos que el problema en todo caso es comprender cómo se volvió nuevamente de la montaña a la comunidad y se rompió con ese cambio tan revolucionario, cómo las mujeres militantes perdieron el espacio ganado. Considero que sólo existen dos posibilidades: o bien que los cambios de que nos hablan las mujeres guerrilleras no eran tan reales como se presentan en el discurso o que se trató de unas relaciones superficial y coyunturalmente modificadas que se perdieron cuando quedó atrás la situación especial conferida por la guerra y la preparación militar que les inspiraba la idealizada montaña: “Son varios los momentos que han ido marcando profundamente mi vida revolucionaria, como cuando subí por primera vez a la montaña, que era el sueño de todo combatiente urbano”.³⁸ Justo es reconocer a una militante urbana que —a la pregunta de si considera que ha tenido que hacer un esfuerzo para lograr su libera-

³⁷ *Ibid.*, p. 37.

³⁸ *Ibid.*, p. 58.

ción como mujer (pregunta que lleva implícita a una mujer liberada)—respondió:

Mirá, en mi caso, la liberación ha sido un proceso largo y lleno de contradicciones; es probable que no lo haya terminado aún totalmente. Las mujeres guatemaltecas que ya hemos avanzado en ese camino lograremos nuestra liberación total hasta que el pueblo de Guatemala triunfe y logre construir una nueva sociedad en la que hombres y mujeres seamos verdaderamente iguales.³⁹

Con certeza afirma que su proceso de liberación se encuentra en proceso, a diferencia de los anteriores testimonios en los que se habla ya de un estado de igualdad frente a los hombres. También debe señalarse que para ella la construcción de la nueva sociedad es condición necesaria para lograr la verdadera libertad, incluida la de las mujeres.

A continuación daremos un giro para echar un vistazo sobre los testimonios de mujeres viudas a causa de la guerra. Dichos testimonios fueron recuperados por la Iglesia noruega a raíz de talleres, sesiones de ayuda y otro tipo de actividades enfocadas directamente a hacer más llevadera para estas mujeres la pérdida de sus esposos a causa de la violencia de la guerra. Desde el prólogo se aprecia que la visión del conflicto en el grupo de viudas es diferente, pues se refieren a él como “esa guerra sin sentido” y publicar sus experiencias como sobrevivientes tiene por objeto que “el mundo entendiera la forma en que han sufrido”. El libro recoge “parte de sus sufrimientos” y se titula *Por favor, nunca más: testimonios de mujeres víctimas del conflicto armado en Guatemala*. Sin duda alguna, sus conclusiones no son las de los testimonios citados anteriormente; por ejemplo, se afirma que el sistema nervioso de la mayoría de los guatemaltecos, hombres y mujeres, no ha vuelto a funcionar con normalidad, que la obsesión forma parte de sus vidas, que dolencias digestivas han pasado a ser sus acompañantes y que los hijos que han crecido sin padre son agresivos y propensos al alcoholismo. No obstante, un aporte fundamental de dicho trabajo es la mención, así sea someramente, de que algunos militares también han sufrido los efectos de la guerra y se refieren casos de suicidio, de alcoholismo y de refugio en grupos religiosos.

Los análisis contienen las contradicciones propias de quien mira la realidad guatemalteca desde la perspectiva europea; por ejemplo, el primer capítulo narra “la vida antes de la violencia”, pero al hablar de

³⁹ *Ibid.*, p. 59.

las relaciones familiares queda de manifiesto que los hombres en general, y el padre en particular, son representados con la figura de un desobligado, golpeador y bebedor, imagen nada envidiable de tener cerca; la mayoría de las mujeres ha tenido una niñez plagada de tristeza y amargura, sobrecargada de trabajo y carencia total de cosas materiales (una de ellas utilizaba como vestido un costal al cual le abría unos huecos para sacar los brazos), hambre, malos tratos, falta de cariño etcétera. No obstante, al recordar ese hogar desintegrado a causa de la guerra contra el régimen represor, surge en ellas la añoranza por ese padre desaparecido, el mismo que las golpeaba y dilapidaba el dinero en alcohol y prostitutas. En esos testimonios, muchas de las mujeres que externan su dolor recuerdan un hogar desmembrado incluso antes de la muerte de sus esposos a consecuencia de la violencia, de ahí que quienes recopilaron dichos testimonios, a partir del abandono de muchos niños, concluyan que:

Esa situación resulta ser la más común para las personas que habitan el campo guatemalteco. Es decir, el abandono, la soledad de un niño, no es el resultado de relaciones perversas o actos de maldad de los adultos (*sic*). La lectura, en este caso, indica los rigores y lo que toda la población pobre tiene que pagar. La pobreza obliga a realizar actos dolorosos, actos que están atravesados por la lógica de la miseria.⁴⁰

Cuando en el libro se hace referencia propiamente a lo que es llamado “el torbellino de la violencia” surgen los testimonios sobre la muerte o desaparición de los esposos y todas las angustias que estas viudas debieron enfrentar. Algunas de ellas afirman que se “enfermaron de tristeza”; “mi mamá murió de la tristeza”; “me quedé sola otra vez”; “decidimos que nos íbamos a rendir”; “llegaron los soldados y preguntaron que dónde estaba mi esposo”; “decidimos abandonar nuestra aldea e irnos a la montaña”; “yo tenía mucho miedo de andar preguntando por él, pues había mucha represión en el pueblo”; y así vivieron días que se convirtieron en años y las llenaron de miedo. En sus conclusiones sobre lo que les dejó la guerra coinciden fundamentalmente en los siguientes puntos: les quitó a sus esposos, perdieron sus casas y, al ser incendiadas sus pertenencias, quedaron sin documentos y se convirtieron en nadie, las familias se separaron o desintegraron y ahora tienen nuevas enfermedades. Por otra parte, algunas de ellas guardan

⁴⁰ *Por favor, nunca más: testimonios de mujeres víctimas del conflicto armado en Guatemala*, Guatemala, Ayuda de la Iglesia Noruega, 1997, p. 26.

resentimiento, no tanto hacia el ejército causante de la muerte de sus esposos, sino contra la guerrilla misma porque

muchos hombres llegaron a nuestras aldeas a lavarle la cabeza a nuestros hombres, les decían que había mucha pobreza, mucha injusticia y que si participaban con ellos todo cambiaría, que íbamos a salir de pobres, pero todo fue una mentira, sólo nos engañaron. Allí fue donde se vino la violencia.⁴¹

Otras más aseguran:

Por eso cuando vemos a los ejércitos, sentimos muy dentro de nuestro corazón un sentimiento muy feo, un rencor muy grande porque ellos mataron a nuestra gente, porque ellos nos lastimaron mucho y sin piedad. Sabemos que sentir eso es malo, pero nuestro dolor es muy grande y nuestros recuerdos son muy tristes. Tal vez podamos perdonar, pero jamás vamos a olvidar.⁴²

Finalmente, *Por favor, nunca más* es una publicación coordinada por la Iglesia noruega, por ello *resignación* es la última palabra de estas mujeres que esperan contar con la protección de Dios, sobre todo cuando el ejército comenzó a salir de las comunidades: “Ahora que se fueron, creemos que Dios nos va a proteger”, pareciera que la presencia del ejército es lo más poderoso que existe.

Amarrando los recuerdos

MUCHAS mujeres que han vivido la guerra han escogido diversos caminos para transmitir sus recuerdos y uno de ellos es el testimonio de su vida o de un fragmento vinculado a la militancia, la participación política o la violencia que las victimizó. Otro camino es la autobiografía, que corresponde a otro tipo de mujeres. La primera conclusión es que quienes testimonian pertenecen a grupos subalternos, pobres, indígenas y mujeres. Quienes traducen sus recuerdos en escritura tuvieron acceso a la educación (en los tres casos universitaria), Arriola y Colom eran de clase alta, Ramírez de clase media.

Un trabajo testimonial sirve para valorar una vida de lucha, mostrar el dolor que se vivió y que se encuentra muy lejos de ser superado, rescatar una experiencia para avanzar, ya sea en el ámbito personal o de grupo, hacer propaganda a favor de cierta causa, elogiar un movi-

⁴¹ *Ibid.*, p. 139.

⁴² *Ibid.*, p. 144.

miento político, dar foro a quienes carecen de un espacio para expresarse pero que quieren hacer oír su voz, cuestionar los métodos, los caminos, recordar para no olvidar.

Un aspecto a considerar es que el enfoque que se da en las memorias de vida cuando el movimiento se encuentra en su apogeo — momento en que muchos ojos están puestos en la revolución y la imagen que transmiten los guerrilleros es determinante para atraer la simpatía pues “cualquier cosa que se dijese podía ser usada en su contra” — es muy diferente a cuando la guerra ha quedado atrás. En este sentido debemos señalar que la subjetividad de estos trabajos no los invalida; hay muchas ideas que seguramente no se dicen, que se guardan por diversos motivos y que se reservan para otro interlocutor. Toda experiencia personal engloba a los otros, pero en el momento que se traduce a texto escrito deja de ser individual para ser compartida.

Otra situación es la que tiene lugar con las autobiografías de las guatemaltecas. Es muy loable la idea de Arriola de intercalar fragmentos de su vida política con su vida personal, creo que con ella se ejemplifica la frase aquella de que lo personal es político; militancia política y vida personal para ella son una sola. Colom narrará fundamentalmente hechos que privilegian la militancia política y Ramírez también quiere presentar una visión del acontecer político del país mezclada con su propia vida.

Por otra parte, las mujeres militantes de una organización guerrillera cambiaron radicalmente su perspectiva de la vida y su identidad de género. Vivieron la muerte muy de cerca, sacrificaron su cotidianeidad por una mítica montaña que las llevaría a nuevas relaciones (al menos eso esperaban) que trastocarían irreversiblemente su subordinación de género al romper con la clasista, con el racismo y con tradiciones seculares que comenzaban a sentir como una carga. Dejaron la ciudad para introducirse en una montaña casi paradisíaca, la diferencia la otorga la distancia pues muchas de las contradicciones se mantuvieron cuando se dejó el mítico lugar de la revolución. La conclusión de Colom me parece central: se obtuvieron logros parciales y reversibles y se avanzó al interior de las organizaciones revolucionarias pero sólo temporalmente.

Después de la firma de los Acuerdos de Paz surgió en las guatemaltecas una actitud autocrítica. En los testimonios de las combatientes existe sin duda un antes y un después; las primeras critican abiertamente al machismo que no criticaron en su momento o si lo hicieron se guardaron de hacerlo públicamente. Sin duda Ramírez es la más abierta en su crítica a la organización en la que militó y ello puede deberse a

que vive lejos de Guatemala. Todas ellas creen que el camino de las armas era correcto —lo que nos parece muy importante. Sus críticas se centran en los errores de la dirección, la insuficiencia de los recursos utilizados y ciertos actores individuales, pero ninguna reniega del camino elegido; las armas fueron el único cauce de lucha que les dejó la intolerancia política. En esas condiciones es fácil comprender que la idea del suicidio cruzara varias veces por sus mentes. Una conclusión más, que seguramente es la que las llevó a escribir sus autobiografías, es que el camino andado valió la pena. La actitud crítica de las tres ex militantes es muy fuerte y no sabemos que haya alguna respuesta.

La autobiografía da más tiempo a la reflexión que el testimonio contado a otras personas. Cuando se escribe se lee, se relee, se piensa muchas veces si lo escrito puede ser leído por otros; cuando se habla frente a una grabadora, el tiempo para cambiar de opinión no es igual, y aunque puede hacerse, el resultado no será el mismo. Por otro lado, la confianza que se tenga frente al interlocutor es determinante para hablar o callar. Una persona que escribe puede cambiar lo que no le resulta bien, la que lo platicó también tiene esa posibilidad, pero en menor margen. Estas mujeres escribieron para sí mismas pero involucraron a otros y ése debe ser un ejercicio difícil de discernir, tanto si esos otros ya murieron como si siguen vivos.

Queremos rescatar asimismo las experiencias que marcaron a varias generaciones de jóvenes guatemaltecos que se entregaron a una causa, las frases sobre su *generosidad sin medida* así como su *entre-ga casi religiosa* a los *grandes ideales que los guiaban*. Las muchas muertes de las que fueron testigos y el sentimiento de pérdida que las marcó para siempre es sobrada razón para que las sobrevivientes compartan sus vivencias. Las tres guatemaltecas combatientes se incorporaron a la lucha por propia decisión. Las ex guerrilleras no reniegan de la guerra, las viudas testimoniando aparecen como las víctimas, básicamente como las que sufren a consecuencia de la guerra. Por eso es que las militantes tienen otra perspectiva del conflicto y no se asumen como víctimas.

Muchas mujeres están hablando porque quieren ser escuchadas; sus vivencias personales son traducidas a memorias, los recuerdos se plasman en autobiografías y testimonios. Son grandes las enseñanzas que podemos rescatar de dichas obras y el presente trabajo así lo muestra. Esas mujeres deben seguir hablando, no sólo de dolor, no sólo de soledad; deben hablar sobre todo de esperanza. Su experiencia merece ser contada y también escuchada, compartida y valorada.

BIBLIOGRAFÍA

- Arriola, Aura Marina, *Ese obstinado sobrevivir: autoetnografía de una mujer guatemalteca*, Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2000.
- Araújo, Ana María, *Tupamaras, des femmes de l'Uruguay*, París, Des femmes, 1988 (*Pour chacune*, núm. 31).
- Burgos, Elizabeth, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, 8ª ed., México, Siglo XXI, 1992 (Col. *Historia inmediata*).
- Colom, Yolanda, *Mujeres en la alborada: guerrilla y participación femenina en Guatemala 1973-1978*, Guatemala, Artemis & Edinter, 1998 (*Testimonios*).
- Díaz, Nidia, *Nunca estuve sola*, 3ª ed., San Salvador, UCA, 1999.
- Martínez, Ana Guadalupe, *El Salvador: une femme du Front de Libération témoigne*, París, Des femmes, 1981 (*Pour chacune*, núm. 34).
- Por favor, nunca más: testimonios de mujeres víctimas del conflicto armado en Guatemala*, Guatemala, Ayuda de la Iglesia Noruega, 1997.
- Ramírez, Chiqui, *La guerra de los 36 años: vista con ojos de mujer de izquierda*, Guatemala, Oscar de León Palacios, 2001.
- Randall, Margaret, *Todas estamos despiertas: testimonios de la mujer nicaragüense hoy*, México, Siglo XXI, 1980.
- Solórzano, Silvia, *Mujer alzada*, Barcelona, Sendai, 1988.
- Stoltz Chinchilla, Norma, *Nuestras utopías: mujeres guatemaltecas del siglo XX*, Guatemala, Magna Terra, 1997.
- Vázquez, Norma, Cristina Ibáñez y Clara Murguialday, *Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*, Madrid, Horas y horas, 1995.
- Viezzler, Moema, “*Si me permiten hablar...*”: *testimonio de Domitila una mujer de las minas de Bolivia*, 9ª ed., México, Siglo XXI, 1985.
- Vilanova de Arbenz, María, *Mi esposo, el presidente Arbenz*, Guatemala, Editorial Universitaria, 2000.

RESUMEN

El presente artículo reflexiona en las manifestaciones de la memoria después de un episodio violento como la guerra. Desde la autobiografía hasta el testimonio, vistos como recuperación y sistematización de recuerdos, nuestro interés se centra en dos representaciones que cuentan con protagonistas diferentes debido precisamente a lo diverso de su expresión. El tiempo transcurrido entre lo vivido y lo recordado da forma a estas remembranzas no exentas de conflicto. Como forma declarativa que atañe a los propios sujetos, recuperamos las palabras de mujeres en torno de un momento específico de sus vivencias en la Guatemala del siglo pasado.

Palabras clave: género testimonial, género autobiográfico, militancia política femenina, conflicto bélico Guatemala siglo XX.

ABSTRACT

This article reflects on the manifestations of memory after a violent episode such as war. From the autobiography to the testimonial, viewed as the recovering and systematization of remembrances, our interest focuses on two manifestations featuring differing protagonists due, precisely, to the diversity of their expressions. The time elapsed between what was lived and what is remembered gives shape to these remembrances, which are not free of conflict. In their declarative form, pertaining to the subjects themselves, we retrieve the words of women, uttered around a specific moment of their experiences in last century's Guatemala.

Key words: testimonial genre, autobiographical genre, female political militancy, 20th century Guatemala war conflict.